

EL QUIJOTE, MAESTRO DE NOVELISTAS*

“Cada vez que oigo la palabra ‘novela’
llevo la mano a mi *Quijote*”.

El Caballero de la Blanca Pluma

Carlos Morand

Desocupado auditorio:

Sin juramento me podrás creer que he pasado las horas que precedieron a esta que nos reúne, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla; mas no porque me hallara desertado de las Musas, como le está ocurriendo al afligido prologuista del *Quijote*, sino porque pensaba que la más digna forma de celebrar el Día del Idioma era pasarlo en el silencio, absteniéndome de fatigar la lengua, en una suerte de ayuno del verbo. Es decir, dejándolo reposar en su existencia perfecta que habita en el cielo platónico de los diccionarios, las gramáticas normativas y el sueño de algunos poetas y lingüistas.

Para decirlo con mejores palabras, pensaba celebrar el Día del Idioma respetándolo, sin atropellarlo, ni ultrajarlo, ni abusar de él escribiéndolo mal y pronunciándolo peor; sin encarnarlo —en suma— en el cuerpo precario y falible de nuestra habla excesivamente cotidiana.

Pero entonces, un amigo que conoció mi deseo, me preguntó qué celebración sería ésa, y respondiéndome él mismo, me aclaró que sería practicar pasivamente una virtud —no hablo, no peco—, hacer de la lengua un vacío, algo así como levantar un monumento que a la postre se quedara en la cavidad donde se asienta el pedestal.

Tras mucho pensar en su discurso, decidí renunciar al ayuno, sacrificar el aséptico silencio: hacer —por lo tanto— bajar a esa entidad platónica de su paraíso platónico, instalarla entre nosotros y arriesgarme a abusar de ella una vez más.

*Texto leído el 20 de abril de 1987, en la sede del Instituto de Chile, al conmemorar la Academia Chilena de la Lengua el día del Idioma.

Y bien, auditorio amigo, ya que nos decidimos a la celebración, les invito a hacerlo con alegría, jovialmente, juguetonamente, esto es, cervantina-mente. Porque les pregunto, ¿qué nos habría regalado el gran señor de la novela si se le hubiese pedido que ofreciera un discurso para conmemorar el Día del Idioma?

Algo acaso semejante a lo que les he traído para cumplir: La historia de un hombre al que nunca detuvieron ni platonismos ni silencios respetuosos. Es la historia que leeré para ustedes. Digo "leeré para ustedes" porque naturalmente no fui yo quien la inventó. Aparece escrita en unos amarillentos papeles que, por supuesto, encontré guardados en una vieja maleta, la que —por supuesto— estuvo durante años acumulando polvo en un telarañoso desván.

Hablan esos papeles de un caballero, al que denominaremos Ego, porque en esto del nombre no se ponen de acuerdo los autores, que cuando cumplió los cincuenta años, se dio a leer *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* con tanta afición y gusto, curiosidad y desatino, que empezó a perder el juicio y vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio lector del *Quijote* en el mundo, y que fue que creyó que podía agregar algo original y novedoso a todo lo ya dicho y escrito sobre la magna obra que leía.

Pero pronto reparó nuestro Ego que cerca de cuatro siglos de elogios, discursos, memorias, interpretaciones y teorías le aventajaban, y luego de examinar a vuelo de pájaro (no necesitaba más) la lista de estudios dedicados al inmortal libro, abandonó la empresa antes de iniciarla.

Vencido en esta aventura, mas no derrotado para las siguientes que su afebrado cerebro ya se disparaba a imponerle, dignas todas de entallarse en bronces y esculpirse en mármoles, se le ocurrió un día buscarle la unidad al *Quijote*, lo cual —según los entendidos— es como querer pellizcar un vidrio o tratar de resolver el viejo problema de la cuadratura del círculo, porque —por ejemplo—, ¿cómo explicar funcionalmente, dentro del tejido de la obra, la impertinente novela del Curioso Impertinente?

Aunque de nuevo vencido, al poco tiempo se hallaba nuestro Ego entregado a la idea de reducir la novela toda a una sola ecuación que permitiera revelar su esencia; una fórmula parecida a aquella del personaje de James Joyce, que demostró por medio del álgebra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare, y que él mismo es el espectro de su propio padre.

Huelga decir que la persecución de esta nueva hazaña se estrelló contra más de un molino de viento súbitamente convertido en un gigante, o viceversa, y nuestro Ego tuvo que abandonar.

Cerrado aquel camino a la gloria, buscó desembarcar por otra orilla, que fue intentar reescribir el *Quijote*. Mas, muy pronto lo hizo presa el desaliento al conocer que un cierto Pierre Menard ya lo había hecho, y bastante mejor

de lo que él lo hubiera conseguido, pues el tal Menard lo había copiado palabra por palabra.

Como nuestro Ego no dejaba de tener su corazoncito, voluntad y amor propio seguíanle impulsando, *Quijote* en ristre, a las más audaces aventuras. Fue así como descubrió llevar a cabo una temeraria hazaña que a nadie se le había ocurrido realizar hasta entonces, y fue la de probar científicamente que Cervantes no era el autor del *Quijote*; más todavía, no tranquilo con eso, se propuso probar que Cervantes jamás existió y que todo lo que hoy leemos como obra suya salió de la pluma de un tal Lope de Vega.

Hasta que una bendita mañana, después de haber dormido más de lo que acostumbraba, nuestro pobre Ego pareció recuperarse de su locura o –en opinión de los autores que esto escriben– cayó en otra peor, que fue la de hacerse novelista.

Decidió primero llamarse el Caballero de la Blanca Pluma (aunque en esto no hay acuerdo entre los autores de si es Blanca o Blanda, mas dejémoslos en Blanca, puesto que importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad). Escogido el nombre, procedió como han procedido todos los buenos novelistas desde que el Creador no pudo impedir que vinieran a contaminar este paciente planeta con sus libros mentirosos. Ideó un argumento, una historia, una trama. En eso se pasó tantos días como don Quijote necesitó para encontrarle un nombre a su caballo, a su dama y a sí mismo; pero al cabo de ese tiempo cayó en la cuenta de que no sabía cómo desarrollar su historia hasta convertirla en novela. Comprendió que le faltaba oficio, ignoraba técnicas, recursos; en suma, el don de la magia de hacer que parezca natural lo que no es más que puro artificio, digan lo que digan los autores que se dicen realistas; y como carecía de todo ese saber y olvidando la sentencia del maestro Aristarco de que el escritor nace bueno, la teoría literaria lo corrompe, echó nuevamente mano a su manoseado ejemplar del *Quijote*, lo releyó de cabo a rabo, mas no ahora como un libro sólo para locos, sino como una máquina, puro artificio, distanciándose de él, pensando siempre en la briosa respuesta de Basilio, el de las bodas de Camacho, cuando al sacarse del cuerpo la espada de utilería, proclamó triunfante: “¡No milagro milagro, sino industria industria!”, y se dio a la tarea de aprender recursos cervantinos y de ver el modo de utilizarlos en la confección de su engendro. Cuentan los autores que nuestro Caballero de la Blanca Pluma encontró muchos, y mientras más releía y repasaba y hurgaba en esa rica materia, comprobaba que los trucos, en una suerte de automagia, se multiplicaban como si se hubiesen creado a sí mismos en el intervalo entre la nueva lectura y la lectura anterior. Estaba maravillado. La novela de Cervantes era una caja encantada, una fábrica de sortilegios, una galería de espejos, un cuerno de la abundancia...

Dejemos hasta aquí los elogios y limitémonos a señalar con los autores que entre todos los recursos cervantinos, hubo algunos que le llamaron sobre todo la atención y que decidió adoptar sin importarle que la posteridad lo acusara de robador y plagiarlo.

En un sentido muy general, descubrió en la ironía del autor del *Quijote* el instrumento más valioso de todo buen novelista que pretenda llamarse moderno. Descubrió que manteniéndose a distancia de lo que escribía, podía unir dos ideas que fueran recíprocamente contradictorias; al no afirmarlas ni negarlas, optaba por ambas y, al mismo tiempo, no optaba por ninguna de las dos. En palabras menos abstractas, había descubierto el secreto de que toda gran obra, como toda realidad, no debe ser ni bacía ni yelmo, sino baciyelmo.

Conociendo por sus frutos las lecciones aprendidas, observamos que nuestro novel novelista mostró un entusiasmo casi delirante con el juego cervantino de los autores-narradores que plagan la primera parte del *Quijote*. Leyendo con cuidado, quemándose las pestañas, sirviéndose de reglas de cálculo, computadoras y otros auxilios de la tecnología, llegó a aislar un número sorprendente de intermediarios entre la historia de Don Quijote y el lector. Después de varias jornadas que se las pasó leyendo, los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, logró establecer el siguiente esquema:

Alonso Quijano inventa a Don Quijote; las aventuras de Don Quijote son registradas por un cronista, un morisco mentiroso llamado Cide Hamete Benengeli; las crónicas de Cide Hamete, escritas en árabe, son hechas traducir al castellano por el autor ficticio a un morisco aljamiado, acaso tan mentiroso como el autor original; de la traducción, el autor ficticio, ese que no puede o no quiere acordarse del nombre del lugar donde vivía Alonso Quijano, utiliza el material del texto traducido de Cide Hamete para elaborar su versión de las aventuras de Don Quijote de la Mancha, una figura ficticia inventada y encarnada por Alonso Quijano el Bueno, hidalgo de un lugar de la Mancha de cuyo nombre el autor ficticio no puede o no quiere acordarse. Pero eso no es todo: a estos agentes o intermediarios hay que añadir los autores que de manera imprecisa se mencionan en los primeros capítulos, un grupo de señores que no se ponen de acuerdo en que si Quijano se llamaba Quijada o Quesada o Quijana.

Dicen que cuando concluyó de fijar el presente esquema, nuestro Caballero de la Blanca Pluma sufrió un vértigo que lo obligó a permanecer varios días en cama. (Valga como nota el pie de página.)

Dicen también que repuesto del colapso, se dio en aplicar el truco de ocultarse tras la persona de un autor ficticio y de inventar papeles amarillentos encontrados en maletas en los cuales poner en evidencia su propia historia. De ese modo —pensó— lo libraba de que lo confundieran con los

personajes o se le atribuyeran las opiniones que en sus historias vertía. De ese modo, también, lo desviaba y lo ponía a salvo de los ataques de la crítica, que fatal e irremediablemente, se le echarían encima.

Pero había algo más que lo mencionaremos como otra nota al pie de página.

El truco cervantino le resolvía un problema vergonzoso que lo aquejaba, algo que debido a una timidez enfermiza no se atrevía a confesar, y era el de una timidez enfermiza que le sobrevino con la traumática experiencia de dictar una charla sobre el *Quijote*, nada menos que para conmemorar, en sesión pública y solemne, el Día del Idioma.

Cuentan asimismo los autores del Caballero de la Blanca Pluma, que nuestro aprendiz de novelista se fascinó con el sutilísimo recurso ingeniado por Cervantes en la historia de Dorotea, la joven seducida y abandonada por un joven noble, joyita a la que sus padres bautizaron Don Fernando.

Nos recuerda que Dorotea accede a prestarse para ayudar al Cura y al Barbero en su generosa misión de llevarse a Don Quijote de vuelta a casa. Con el fin de lograrlo, la joven, que demuestra poseer una buena dosis de imaginación fabuladora, asume el papel de la Princesa Micomicona, cuyo reino es preso de un malvado gigante cuyos progenitores, chochos como estaban de él, bautizaron con el amoroso nombre de Pandafilando de la Fosca Vista. Dorotea ruega a Don Quijote que le otorgue un don, el cual –afirma– “redundará en honra y prez de vuestra persona y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto”. Y páginas más adelante, siempre en el papel de Princesa Micomicona, le dice al caballero que lo llevará a donde se halla el tal Pandafilando “para que lo mate y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado”.

Si uno relaciona –que fue lo que hizo el Caballero de la Blanca Pluma– la historia de Dorotea, a quien Don Fernando deshonoró faltando a su palabra de matrimonio, con la historia que la misma Dorotea fabula ante Don Quijote bajo la identidad de Princesa del reino Micomicón, nos percatamos de que la historia de la Princesa no pasa de ser una transposición en parodia de libro de caballerías de la historia real de la narradora. Dorotea ha utilizado elementos de su propia biografía para elaborar una fábula en la que la Princesa Micomicona es ella, Pandafilando (que rima con Fernando) es el seductor, y el reino usurpado por el gigante, la honra agraviada, por lo tanto, cautiva, de la doncella.

“¡Ingeniosísimo recurso el de Cervantes!”, dicen los autores que exclamó nuestro discípulo del Manco de Lepanto apenas lo hubo entendido tal como lo explicamos aquí. Sí, sin duda un ingeniosísimo recurso literario –que vamos a explicar mejor– que nos está mostrando a un personaje en el acto de dar vida a otro encarnándolo, en la misma forma como Alonso Quijano lo hace con Don Quijote; de utilizarlo para proyectar, y acaso con el fin de

neutralizar, en la ficción burlesca, su propio drama, es decir, sirviéndose para ello de la materia más íntima y dolorosa de su propia vida.

Cuentan también los autores que lo maravilló y le decidió hacer suyo el truco de incluir la primera parte de la obra como objeto presente y actuante en el mundo ficticio de la segunda.

Vastas consideraciones al respecto saturan varias páginas del manuscrito amarillo, pero nosotros nos limitaremos a hacer de ellas un moderado resumen, eliminando ditirambos, reiteraciones y algunos conceptos un tanto oscuros, frutos sin duda del excesivo entusiasmo que dominaba al Caballero de la Blanca Pluma.

El novel novelista especula aquí sobre la inmensa significación y el certero efecto que tiene, en la segunda parte, la introducción de la primera en forma de libro que los personajes puedan hasta leer.

En primer término, al introducir el hecho histórico de la fama de la primera parte a la ficción de la siguiente, Cervantes elimina la frontera que separa el mundo interior de la obra artística del mundo real exterior, y sin mencionarlo nunca directamente, esboza un contraste entre el libro que don Quijote imagina que se está escribiendo sobre él y el que realmente se ha escrito, lo cual constituye la ironía suprema de Cervantes. Pero el efecto que la fama literaria produce en Sancho es aún mayor. Aunque al bueno del escudero no le interesa la gloria de la misma manera que a su amo, en manera alguna es enemigo de una cierta publicidad, una vez que se ha hecho la idea.

Así, y es lo que el aprendiz de novelista entendió sólo a medias, la fama literaria que los dos héroes adquieren como resultado del éxito popular de la primera parte, publicada en 1605, tiene una profunda influencia en sus aventuras, por consiguiente, en sus caracteres y por añadidura en sus vidas y destinos, ya que una gran porción de los incidentes del segundo libro no podrían haber ocurrido si los personajes que intervienen en ellos no hubieran tenido noticias previas de Don Quijote y Sancho, ni hubieran sabido recibirlos como a hombres célebres, ni hubieran sabido qué esperar de ellos.

Valga como ejemplo de lo dicho todo el largo episodio en el palacio de los Duques, el cual ya está anunciado en el recibimiento que les hace la Duquesa, luego de que Sancho Panza, por orden de Don Quijote, le da a conocer quiénes son:

“Preguntóle la Duquesa: —Decidme, hermano escudero: este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia que se llama *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso?”

Y a continuación de la respuesta de Sancho, agrega:

“—Id, hermano Panza, y decid a vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido a mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera”.

No es preciso leer con ojos demasiado acuciosos lo que seguirá en la obra para darnos cuenta cómo y en qué forma traducirán los Duques aquellas graciosas palabras de bienvenida, y de qué modo la mención de Dulcinea en boca de la Duquesa no es ociosa ni arbitraria. Podría afirmarse —pueden darse muchas pruebas de ello— que la lectura de la primera parte, que los Duques demuestran que hicieron, es un eslabón importante —si no el más importante— en el encadenamiento de sucesos que precipitarán el largo desenlace de las aventuras de nuestro Hombre de la Mancha.

Para el Caballero de la Blanca Pluma, el recurso de Cervantes prueba la enorme influencia que la literatura —y en este caso la literatura del propio autor— puede marcar sobre la vida y acciones y destino de los personajes de ficción. Pero el comentario, aunque perspicaz, llega, a nuestro juicio, un poco tarde, pues el Caballero parece olvidar que el caso más rotundo se encuentra en las primeras páginas del *Quijote*, cuando un tal Quijano, Quijada o Quesada, enloquece debido a su licencioso comercio con las novelas de caballerías. O —para dar un ejemplo desde ahora más clásico y universal—, tenemos el propio caso del Caballero de la Blanca Pluma, cuyo entusiasmo por el *Quijote* que consigna el manuscrito amarillento, me ha permitido usar su delirante historia como materia prima de este discurso en celebración del Día del Idioma.

Discreto auditorio: “Toda novela lleva dentro, como íntima filigrana, el *Quijote*”. Palabras de don José Ortega y Gasset que nuestro novelista en ciernes, lejos de desmentirlas, al parecer se propuso confirmarlas con el testimonio de las obras que, tan inacabables en número como las aventuras soñadas por el hidalgo manchego, su resfriado ingenio se aprestaba a escribir para que su nombre quedara inscrito, no en pergamino sino en bronce, para conocimiento de los siglos venideros.

“Toda novela lleva dentro, como íntima filigrana, el *Quijote*”.

Dicen los autores que con el propósito de que dicha filigrana se hiciese más nítida, decidió hacer suya la idea de que las hazañas de Don Quijote estaban siendo escritas por un sabio en el momento mismo en que él las llevaba a cabo, portento que se le reveló una tarde de lluvia en el famoso episodio del cuerpo muerto, capítulo XIX de la primera parte.

Recordemos que a Sancho se le ocurre llamar a su amo el *Caballero de la Triste Figura*. Sorprendido Don Quijote con la salida de su escudero, le pregunta qué lo ha movido a llamarlo así, y Sancho le explica que al mirarlo a la luz de una antorcha, reparó en que tiene la más mala figura que jamás

ha visto en hombre alguno. A esto Don Quijote le responde que no es ésa la razón, sino que el sabio a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de sus hazañas le habrá parecido que será bien que tome un nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados. “Y así digo –prosigue don Quijote– que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llameses el *Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante”.

Tenemos entonces que no es que el sabio vaya registrando las acciones de Don Quijote y Sancho a medida que ellos las realizan, sino que se las dicta para que las cumplan; en mejores palabras, los dos héroes van siendo “escritos” por el sabio, son materia hecha de trazos de tinta sobre una hoja de papel.

Hermosa y original idea digna de imitarse y difundirse. Pero ¡atención, novelistas del mundo!, algo nos enseña que no hay robador que no pague su delito. Si no me creen, pregúntenle a un señor llamado Prometeo. En el caso del Caballero de la Blanca Pluma, él robó una chispa más de la inagotable fragua del ingenio cervantino, y afirman sus autores que pagó por ello.

La preciosa posesión de aquel recurso terminó volviéndose en su contra, pues le llevó a poner en duda la realidad misma de su existencia de persona de carne y hueso. Se preguntaba y volvía a preguntarse si acaso en el momento de leer esas páginas del *Quijote*, no hubiese un sabio encantador que por medio de la pluma le estuviera dictando la acción, a él, aprendiz de novelista en busca de trucos literarios que está leyendo el capítulo XIX de la primera parte del *Quijote*, donde un sabio encantador pone en la lengua y en el pensamiento de Sancho Panza llamar a su amo el *Caballero de la Triste Figura*.

Y a partir de ese día –cuentan los autores–, el Caballero de la Blanca Pluma vivió para siempre aterrado de que a su personal sabio encantador se le terminase de pronto el papel, o, lo que es peor, se le secase la tinta.

Y así debió de ocurrir, concluimos nosotros, pues en este punto acaba el amarillento manuscrito encontrado en la maleta del desván. Acaba diluyéndose en una línea borrosa, remachada con una desvalida preposición, sin marca de punto final.

Mis estimados amigos, si remontamos el curso de esta conferencia hasta alcanzar su origen, advertiremos que mi intención primera fue celebrar el Día del Idioma practicando el silencio. Pero ocurrió que mi propio sabio encantador, que en este momento me está escribiendo con estas palabras y a quien también algún día se le agotará el papel y se le secará la tinta, me dictó que no cumpliera mi propósito. Y gracias a su mandato he podido devolver a nuestro pobre Caballero de la Blanca Pluma a su existencia. En esta sesión

pública y solemne, consagrada a la palabra creadora y fecundadora de Miguel de Cervantes, el más grande sabio encantador de todas las lenguas, le hemos dado vida, le hemos restituido su voz y sus deseos, lo hemos recreado en mi imaginación y en la imaginación de ustedes, que acaso también están siendo escritos por un sabio encantador, para que por un instante pudiera volver a seguir soñando sus novelas, esos enormes libros mentirosos; mentirosos, y sin embargo, llenos, hasta los bordes, de verdad.